

## La Realidad Alterna en la cuarentena<sup>1</sup>

Jahir Navalles Gómez<sup>2</sup>

[jahir.n@gmail.com](mailto:jahir.n@gmail.com)

Vivir es pasar de un espacio a otro haciendo lo posible para no golpearse  
Georges Perec

Ha de ser horrible estar solo. Mejor dicho, ha de ser horrible estar solo, contigo mismo. Horror que emerge al confrontarse con tus prejuicios, tu moral, tus excesos cometidos, tus actitudes ante la vida, y cuestionarte cómo te relacionaste con los otros, otras, con alguien importante para tí. O con nadie. La soledad no es solo ese invento romántico en pos de la introspección<sup>3</sup>. No es tampoco el escenario donde emerge la inspiración. Es el desamparo total, no más. La máxima decisión consciente que cualquier persona puede ostentar. Hacer a un lado el vínculo o crear otros.

Introspección, auto-conocimiento, internalización, quién sabe cuál sea el nombre correcto o el constructo adecuado para una explicación sobre esto, todos hacen referencia a lo mismo. Posiblemente en eso coincidirían, en una situación hipotética imaginaria el psicólogo Wundt, el filósofo William James y el epistemólogo Vigotsky, cada cual hablando sobre los lugares comunes que les interesó indagar, ya sea la conciencia, el pensamiento social o la noción de mente, mismas que implican cuestionar constantemente cómo construimos nuestras propias relaciones, saber que estas dependen de los otros, ellos, ellas, los constantes extraños con los que nos relacionamos. ¿Semejantes? Sí, lo son. También a ellos, ellas, les horroriza estar consigo mismos.

Por eso nos buscamos unos a otros, por eso la necesidad, o la exigencia, por establecer un vínculo con los demás. Con los extraños. Con lo que es/era/será ajeno a tu vida. Hacer vida social. Llevar la fiesta contigo. Abrazar emociones. Regalarse a los otros. Consensuarlas.

Pareciera que la psicología social no está lista para ésta conversación, o no le interesa, esto es, no se compromete a argumentar la posibilidad de una realidad alterna que no es la misma que desde sus presupuestos académicos se han escrito. Borrosa. Intransigente. Intolerante. Así es la alteridad. Esa, la que no se muestra públicamente. Y tanto la psicología como la psicología social se interesan por las interacciones públicas. Lo que se ve y se juzga. Lo que se puede registrar, medir y ubicar en una escala de distancia social. Las otras emergen inmediatamente al cruzar el umbral de la casa. La que se reivindica en cualquier habitación. La privada por prohibida. Porque no a todos les parece. La íntima. Lo último que queda de tí, la que se exhibe, cual desnudez, de frente al espejo. La vocecita amargada, cual Daria, cual Tom Waits, que describe claramente lo que piensas o sientes; y que se silencia porque a nadie la cae bien. Eres tú. Es autodestructiva. Una pequeña bomba de tiempo instalada en tu psique.

Misma que no ha detonado porque te viste obligado a convivir, a socializar, a interactuar; fuiste persuadido, influenciado, disuadido, esto es, la contención podría ser reconocida por la psicología social, obtendrías una explicación de tus comportamientos y actitudes examinados y/o ejemplificados en todo su esplendor, también habrían “especialistas” que intercedan por la libertad de expresión de estos, acudirían a autores clásicos y nomenclaturas conocidas, aplaudirán la posibilidad de que cada quien, cada cuál, tenga para sí su propio Mr. Hyde. Pero de preferencia que lo mantenga guardado, en casa, detrás de sus puertas, que se quedé en privado y mejor, que lo soporte su abuela. O su madre. O su familia. Mejor nadie. Que se aguante a sí-mismo<sup>4</sup>.

El libre tránsito ha sido una de las libertades por las que se ha luchado con mayor ahínco, lo mismo con la libertad de expresión. Se complementan. La posibilidad de decir y hacer manifiestos los pensamientos y sentimientos contrasta con la capacidad de expresarlos en el momento y lugar adecuados, convenidos, edificados para resguardarlos, puede ser la plaza pública o un santuario, una sesión de terapia o un confesionario, una conversación entre pares reconocidos o un escenario, emplazamientos que acogen y resguardan, en estos la complicidad es todo un acontecimiento. Y la realidad se pone en movimiento al aceptar la convocatoria o la sugerencia por recorrerlos, a pie o desde el intercambio de palabras, acceder a estos, estar ahí, salirse de, permutar entre estos, hasta que ya no se puede. O ya no te dejan. El acceso se restringe en pos de tu propia seguridad. Esa fue una consigna en los pasados meses.

Algo jamás vivido, habitar presencial, rutinaria y permanentemente tu casa en la época contemporánea, te obliga a readaptarla, y aprovechando la forzada vuelta al puerto mover muebles y chakras, desempolvando recetas, juguetes y rencores; reinventando tradiciones y conmemoraciones desde una video llamada, mediaciones para mantener el vínculo con lo externo al hogar. Una necesidad. Una exigencia. Capitalismo salvaje + capitalismo realista<sup>5</sup>. Obligan a no romper contacto con los escenarios y las prácticas ajenas a la morada. Con la promesa de que no habrá lugar para las conexiones fallidas. Público, privado, extra-público, semi-privado, desdibujan sus fronteras, se pliegan o desdoblan, se cuelan detalles de un escenario sobre los otros, indumentarias, sobreinterpretaciones de sí mismo, se dice se reflexionó más en estas semanas, meses, de cuarentena que en la semana santa, porque a mal tiempo buena cara, porque no está tan mal trabajar con la pijama puesta, despertar o dormirse a la hora que cada quien prefiera, empero las actividades asociadas a horarios laborales se extendieron a toda una rutina cotidiana, todo el día cubriría ya, imaginativamente, más de veinticuatro horas, porque entre la información que proviene del exterior, las exigencias del retorno a la vida pública, el encierro distorsionó completamente las formas de convivencia. En cuarentena lo que haces día tras día no es lo cotidiano.

Mucho menos cuando se fue forzado, forzadas, a hacerlo, a ser, a manifestar, lo que los otros esperaban de ella, de él, de su género, raza, privilegio, tono de piel, olor corporal, formas de entretenerse, pero también de distanciarse de la sociedad. Del otro. De la pareja. De los familiares. De la misma sociedad de siempre. Por ello el amor romántico pasa su mejor prueba en situaciones de catástrofe, porque toda situación en la que estamos inmersos tiene una pizca de amor romántico, que no de romanticismo. Una pizquita que apela a la normalidad. A la nueva. A lo mismo. A “salir”, para despotricar de los otros al regresar a casa.

En estos momentos esto sigue pasando, pero mejor hacerlo resguardado, no sea que vaya a contagiar a los otros, no se les vaya a contaminar con su toxicidad; la crítica actual se hace desde la impunidad que te dá estar detrás de un monitor, frente a una pantalla, desde “ahí” se habla mal, pesado, ejerciendo infamias, descalificando las acciones, las formas unipersonales de sobrellevar la realidad, enarbolando discursos contrarios, críticos según, de esos que uno hace cuando ve la televisión. O escucha el radio. Es como quejarse de que no te gustó el comic de *Garfield* en el periódico. ¿Y? ¿sí no te gusto, qué? Apágalo todo “intelectual”: La tele, el radio, los cacharros a los que te volviste dependiente. Tu cerebro.

Entre la información, los rumores, las fake news, la comunicación consensuada y cotejada con distintas fuentes. O todo aquello que se difunde en microdosis, que nunca se contrasta, ahí, otra vez, la psicología social tendría mucho que decir, al ubicarlo en el único escenario posible para sobrellevar esa realidad, el extra-público, porque vale para todos los involucrados, porque se exige un nivel de discusión que ataje las espontaneidades, el comentario efímero, las buenas intenciones cual estandarte de esperanzas y paz. Ociosidad que polemizaría con la primera plana, con el primer tweet. La realidad alterada que va más allá del sí- mismo.

Algo más: entre los libros con títulos interesantes no se encuentra ningún manual de psicología social. Mucho menos uno que desde su portada proponga alternativas, miradas o intervenciones. Que bueno. Afortunadamente, o por conciencia, no todos los textos son así, no todo es psicología social, y como cada cuál reivindica la perspectiva que le apetece, o la que lo convence, se pueden mencionar algunos otros textos con un título que sí invita a pasar más allá del índice o de las dedicatorias y agradecimientos subrogados. Títulos como *El Cielo de Einstein y el Universo de Van Gogh*, de Le Shan y Margenau o el de Alexander Koyré *Del Mundo Cerrado al Universo Infinito*, o uno más, *Realidad Mental y Mundos Posibles*, escrito este por el amigo de un amigo<sup>6</sup>: Jerome Bruner. Son propuestas para repensar la realidad, el cómo vivimos, compartimos, explicamos lo común y obviamos las diferencias. También suenan a títulos de capítulos posibles de *Star Trek*. Cada quien haga de su realidad lo que quiera. No se apure que lo critiquen, solo imagine la soledad, de la persona que lo ha hecho.

---

<sup>1</sup> Sirva este pie de página para agradecer la invitación a compartir este sentir sobre este acontecimiento histórico. También sirva para una acotación al posible lector: se puede leer este texto así nomás, aquí, en lo escrito. Pero si se

---

quiere entender el trasfondo, o contar con ejemplos, pueden consultarse las siguientes hipervínculos; para mí fue más divertido:

1.- <https://www.youtube.com/watch?v=xAAuh5-sNPA>

2.- <https://www.youtube.com/watch?v=GA-v6rXJMg>

<sup>2</sup> Departamento de Sociología. Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Iztapalapa

<sup>3</sup> Béguin, Albert (1939). *El Alma Romántica y el Sueño*. México. FCE.

<sup>4</sup> Shotter, John (1993). “El lenguaje y la construcción del sí mismo”, en Pakman, M. (comp.): *Construcciones de la Experiencia Humana. Vol. 1*. (pp. 213-225). Barcelona. Gedisa.

<sup>5</sup> Fisher, M. (2016). *Realismo capitalista ¿no hay alternativa?*. Buenos Aires. Caja Negra.

<sup>6</sup> Medina, A. (2009). Los usos de la intuición y de la interpretación. Conversando con Jerome Bruner. *El Alma Pública*, 3, 81-86.